

CÓMO COLABORAR

Transferencia bancaria en la CAM
Cuenta Obispado Orihuela-Alicante
Nº: 2090 0001 70 0040252506
Importante indicar "Para Pastoral Penitenciaria"

Donativo en el Secretariado Diocesano de Pastoral Penitenciaria
Plaza de la Montañeta 7. 03001 Alicante.
Teléfonos: 96 520 48 22 y 96 520 49 09
(Estamos de martes a viernes, de 10 a 13 horas)

Para más información:

Obispado-Secretariado Diocesano de Pastoral
Penitenciaria: 96 520 48 22

O, mejor, directamente a los Capellanes:
P. Nacho Blasco, C.P. Fontcalent:
96 542 72 03 / 699 57 93 02

P. José Vicente Ferrández, Psiquiatra
Penitenciario: 699 29 51 67

P. Manolo Llopis, C.P. Villena: 687 92 78 57

LA PUERTA

Pastoral Penitenciaria.
Orihuela-Alicante. Nº 54
Noviembre-diciembre 2006

**Esta Navidad,
con sitio en la posada**



CEU
Universidad
Cardenal Herrera



CAMPAÑA NAVIDEÑA



SUMARIO

EDITORIAL

Como años atrás
Pág. 2/3

Campaña de Navidad
Pág. 4/5

Encuentro europeo de juristas y
Pastoral Penitenciaria
Pág. 6/7/8

Poesías desde el interior
Pág. 9

Gracias a vosotros
Pág. 10

Desde el penal
Pág. 11

Mientras hay vida...
Pág. 12/13

En el Psiquiátrico de Fontcalet...
Pág. 14

Pensamientos
Pág. 15

Pastoral de diálogo
Pág. 16/17

Me llamo Sonia
Pág. 18/19

Dirige:
Pastoral Penitenciaria
Obispado Orihuela-Alicante

Colabora:
Universidad CEU Cardenal Herrera
(Elche)

Concepto gráfico:
Estudio Javier Blasco

COMO AÑOS ATRÁS

Me viene a la memoria una imagen que viví a los 15 años. Sería una mañana cualquiera de primavera, no hacía demasiado frío. Debía de ser un descanso entre clase y clase en el instituto. Recuerdo que mirando al exterior vi a un grupo de jóvenes que no debían de tener más edad que yo entonces. Reconocí a alguno que era de mi barrio. Estaban juntos pero absortos. Cada uno tenía su nariz metida en una bolsa con pegamento. Estaban esnifando. Recuerdo que tampoco me llamé especialmente la atención, lo veía de continuo en el parque de mi barrio.

Esa misma mañana, o cualquier otra de aquella primavera, también Elena esnifaba pegamento, tal vez por no saber cómo evitar los problemas que vivía en casa, tal vez porque nadie le había explicado que eso le haría daño, tal vez porque nadie la quería lo suficiente como para castigarla.

Fuí creciendo y empecé en el voluntariado de la prisión en Castellón de la mano del padre Florencio. Fue la oportunidad para poder ver de nuevo a aquellos chicos del barrio que años antes tonteaban con el pegamento y años después mostraban como acto de heroicidad unas venas ya imposibles de pinchar, encallecidas, que a duras penas dejaban fluir una sangre muchas veces ya infectada por el SIDA. Alberto, Miguel... con algunos compartimos hasta aquellos famosos Real Madrid-Barça que jugábamos en el colegio con una pelota hecha de papel de aluminio.

También Elena entró pronto en prisión. La droga le hizo saltarse algunas etapas de la vida: la ilusión, el soñar en un futuro mejor, la capacidad de enamorarse y no sólo de la droga, un beso sincero y no de lástima por tener SIDA... Han pasado muchos años de todo aquello. Hoy paso de los treinta. Alberto ya no está, murió. Miguel creo que también, lo vi muy mal hace unos años en la prisión de Picassent. ¡Tantos han muerto ya!

Han transcurrido 17 años. Ayer entré como de ordinario en el patio de mujeres y una chica me llamó especialmente la

atención. "Padre, se llama Elena. ¿No la conoce? Ha estado toda su vida en prisión y muchos años aquí en Alicante". "No, no la conozco", respondí. "¡Ah, es que ha estado unos años en libertad últimamente! Debe ser que desde cuando usted llegó a esta prisión." "Debe ser así", contesté yo, mientras no podía dejar de mirarla.

Lleva un vaso de plástico con café y fuma de forma compulsiva. Anda como una persona anciana, encorvada y muy lenta. Está en los huesos, que también se le marcan de forma prominente en la cara. Disimula su rostro entristecido con algo de maquillaje que no hace más que resaltar sus marcados huesos. Por uno de los laterales del pantalón asoma un trozo de plástico; me hace caer en la cuenta de que es uno de esos paquetes que se ponen a las personas mayores o a los enfermos cuando no controlan los esfínteres.

"¡Si usted supiera, Padre!", me dicen las internas. "Ésta era de las guerreras".

'Elena esnifaba pegamento, quizá porque nadie la quería lo bastante como para castigarla'

Hago el esfuerzo por intentar imaginármela llena de actividad y no lo consigo. La saludo. "Hola Elena, ¿como estás?". "Mal, Padre", me contesta. Su hablar es lento y sin fuerza. No es extraño que tengan que ayudarla a vestirse.

Hay ha entrado en misa, la he visto rezando, he visto como el resto de las compañeras la cuida con mimo, de forma exquisita. La llegada de Elena ha hecho que la solidaridad se haga presente de forma más patente que nunca en el patio de mujeres. Se turnan

para cuidarla, le compran tabaco, café y comida en el economato.

No puedo evitar que Elena me recuerde cuál ha sido el fin de mucha gente que creció cerca de mí. De momento es una superviviente, pero algo me dice que la mecha de esta vela no durará demasiado tiempo más. El número de defensas está por los suelos, el SIDA ha ido afectando también su antaño despierto y sano juicio. No queda nada de la guerrera Elena, de la que se comía el patio, de la que no se dejaba pisar por nada. Todo se lo ha llevado la droga. ¡Dichosa droga!

Al final de la Eucaristía ha venido a hablar conmigo. La he mirado a los ojos para ver en su reflejo toda su historia llena de sufrimiento, delito y dolor. No he podido evitar que mi corazón se haya quedado resentido. Es lo que tiene compararse, que unas veces sales ganando y otras muchas perdiendo. Elena me lleva muchos años de ventaja en la carrera contra el sufrimiento, la prisión, la soledad y la enfermedad. ¡Gracias, Elena, por intentar seguir sobreviviendo!

Tres meses después he vuelto a verla. Ha cogido algo de peso y hoy va más maquillada que el día que la vi por primera vez. Sigue con el paquete, pero hoy sonríe. Es lo que produce los mimos y la ayuda que está recibiendo en el patio. Estamos luchando por que le den el tercer grado y, sobre todo, por encontrar un sitio donde poder seguir sobreviviendo, pero esta vez lejos de drogas, en libertad. En libertad verdadera... sea mucho o poco el tiempo que le quede.

Suerte, Elena.

Nacho Blasco, Director Pastoral



También denunciaron el hacinamiento y la falta de personas, que dificultan un tratamiento individualizado de los presos.

Por otra parte, consideraron que en el supuesto de primera condena, sin patología y buena conducta, se debe propiciar la clasificación en tercer grado.

Al respecto, señalaron que se debe también promover los grados intermedios, posibilidad prevista en varias legislaciones.

'La falta de criterios uniformes de concesión de permisos penitenciarios provoca inseguridad jurídica'

Con relación a los permisos penitenciarios, indicaron que el fracaso durante los permisos, especialmente los primeros, "no puede achacarse exclusivamente a la persona presa, sino que habría que analizar hasta qué punto el tratamiento dado durante todo el tiempo anterior ha sido eficaz para prepararle para la libertad, así como analizar los elementos de asistencia que ha tenido a la salida".

Al respecto, añadieron que la falta de criterios uniformes de concesión de permisos, diferentes para cada prisión "provoca inseguridad jurídica". Por lo que, según indicaron, debe establecerse una regulación más clara y concreta.

Además, analizaron la carencia de apoyos que, en general, tienen las personas que han estado presas cuando salen en libertad y la necesidad de generar redes de apoyo exteriores, lo que, según apuntaron, "se da en muy pocos países".

También estimaron que los beneficios penitenciarios son necesarios y deben conllevar limitación de condena: "Los beneficios penitenciarios no se deben confundir con los derechos de la persona presa". Por ejemplo, el hecho del traslado a otra prisión más cercana a su domicilio debido al buen comportamiento. "Se debe volver al principio de redención de condena por el trabajo", comentaron.

Por último, insistieron en "el importante papel" que desempeñan la Iglesia, en general, y la Pastoral Penitenciaria, en particular, dada la repercusión que pueden tener sus planteamientos en la opinión pública.

POESÍAS DESDE EL INTERIOR

LA SONRISA

Vale tan poco una sonrisa,
que darla cuesta nada,
pero da mucho.
Enriquece a los que la reciben,
sin empobrecer a los que la dan.
Solamente toma un momento,
pero la memoria de ella a veces dura
para siempre.
Una sonrisa crea felicidad en el hogar,
fomenta la buena voluntad en los

negocios
y es la clave de una
amistad.
Da descanso al
fatigado,
luz del sol al triste.
Y es el mejor antídoto
para los problemas.
Algunas personas
están demasiado
cansadas
para darte una sonrisa.

Dale a ellos una de las tuyas,
porque nadie necesita tanto una

sonrisa,
como aquél que ya no tiene ninguna
para dar.
Una sonrisa, una sonrisa inmerecida.
No tiene precio ni en el cielo ni en la
tierra.
Una sonrisa gratuita pura como la luz,
sin la que no podría vivir,
sólo se apaga con la muerte.

Flor C. (Módulo Mujeres)

SIENTO UNA LLAMA EN MI CUERPO,

siento un fuego en mi corazón,
siento que siempre te siento,
siento que formas parte de mis
sentimientos,
sé de cierto que te quiero
con todo mi corazón.
Siempre estás en mi pensamiento,
siento que tu dolor es mi dolor,
y sé de cierto que yo nací libre

por eso sé que saldré
de esta prisión.
Y tu alegría será mi
alegría,
porque te demostraré
mi amor.
Pero sólo te pido un
favor.
Es un sentimiento lo
que te pido:
que sientas por mí...
lo que, por ti, siento yo.



Epi (Enfermería)

MADRE MÍA

Sueño y recuerdo aquellos lejanos días
en que mi alma se evade de mi cuerpo.
Sueño y recuerdo que cruzaba ríos y
grandes ciudades.
Sueño y recuerdo, cuando comías, que
los trozos más succulentos en mi boca
metías.
Sueño y recuerdo que, cuando el malito
me hacía, me estrechabas en tus brazos.
Te diré lo que sentía: ¡Amor!
Un amor tan intenso, Madre Mía, que el
día en que éste me falte mi vida
será un tormento

Alfredo Guerri Javaloyes

MIENTRAS HAY VIDA...

Hay esperanza. Esperanza, esa palabra muchas veces nos acompaña por la mañana, es herida a lo largo del día y muere al anochecer, pero resucita con la aurora.

"Porque forasteros y huéspedes somos delante de ti, como todos nuestros padres; como sombras son nuestros días sobre la tierra y no hay esperanza. Yahveh, Dios nuestro, todo este grande acopio que hemos preparado para edificar una Casa para tu santo Nombre, viene de tu mano y tuyo es todo. Bien sé, Dios mío, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud; por eso te he ofrecido voluntariamente todo esto con rectitud de corazón, y ahora veo con regocijo que tu pueblo, que está aquí, te ofrece espontáneamente tus dones. Oh Yahveh, Dios de nuestros padres Abraham, Isaac, e Israel, conserva esto perpetuamente para formar los pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige tú su corazón hacia tí". (1 Cr 29, 15-18).

Hacia varios meses que no iba a acompañar al capellán a celebrar la Eucaristía en el módulo de mujeres de Villena. Nada más entrar me fui paralizando poco a poco.

En la entrada estaban haciendo las llamadas de teléfono, lloraba la persona que ya había colgado, lloraba la que estaba hablando a la vez que tragaba saliva una y otra vez, cada vez más rápido, para que la persona que estaba al otro lado del teléfono (su hija

de 4 años) no se diera cuenta de que estaba llorando, y se preparaba los pañuelos la siguiente que tenía que llamar. ¡Cuánto dolor!

Cuando entramos dentro de la salita del módulo, había mujeres, chicas, ancianas... absortas Dios sabe en qué problema o en quién de su familia que deja fuera. Yo las observaba, las miraba. En aquel lugar me sentí como si fuera invisible. Nadie se dio cuenta de que entré, ni siquiera las que andaban una y otra vez a paso rápido recorriendo el pasillo muchas veces.

De pronto se oyó un grito: "¡Una guitarra!". Y rápidamente se me hizo un corrillo de cinco personas para tocarla. No lo dudé: la saqué y se la dejé. Entonces empezaron a brillar una por una las caras de todas las personas que habían hecho el corrillo. Mientras ellas se entretenían en la sala, salí al patio, a respirar un poco de aire... ¡Qué ilusa!, ¡aire!...

El patio, un espacio cuadrado de cemento, con ese característico color gris, suelo, altos muros, todo gris, y el día estaba nublado. Todo acompañaba para que en aquel lugar, en vez de respirar, se cortara la respiración. Allí había cuatro bancos (como los del parque), pero claro, con la ausencia del verde, de algo de vida donde poder dirigir la mirada para refugiarte.

También había personas, no muchas, pero todas sentadas en el suelo, mirando hacia ninguna parte... Al

oír la guitarra de dentro, una de las chicas del patio empezó a hacer palmas y a cantar "Ayúdame, Ayúdame, Ayúdame, Señor, a caminar...".

Sentadas al lado de la chica que cantaba, había dos chicas-niñas que ya había conocido tiempo atrás. Sólo habían pasado unos meses de mi vida y por las suyas parece que habían pasado muchos años. Sus caras, sus rostros, se habían convertido en "piedras", inexpresivas, rotas, desesperanzadas. Sus almas habían encogido.

Toda la vitalidad y la alegría con las que yo las conocí, habían desaparecido. El color de la cara, la forma de la boca... Esas bocas ya no sabían sonreír, es como si se hubieran fundido entre aquellos muros de hormigón y se hubieran convertido en un único elemento.

A la chica que cantaba la felicité por el entusiasmo y el sentimiento que ponía al cantar y lo bien que lo hacía. Ella me dijo: "Es que Dios está conmigo, por eso me sale así". Le dije que no lo dudaba y que me sentía feliz por ello; y me fui a la celebración.

Estaba allí, pero mi cabeza andaba en la entrada, en la salita, en aquel patio... Y, cuando estábamos a punto de terminar la Eucaristía, en el patio, la misma chica que cantaba, empezó a cantar "Lucha, Lucha, Lucha...".

En ese momento, me moría de ganas de salir a verla, pero el regalo fue doble. Cuando salí estaban las tres chicas andando de un lado al otro del patio, sonriendo, haciendo palmas y repitiendo



una y otra vez "Lucha, Lucha, Lucha...".

Es un acto de profunda bondad el apiadarse del que ha sido objeto de una condena; no mirar tanto a la causa de su ingreso en prisión, sino a la persona que sufre ahora sus consecuencias.

Este género de bondad, de esperanza, no mengua la gravedad del delito ni la pasa por alto, pero presta atención a la persona que tiene sobre sí el peso de la culpa, el abandono, el rechazo y la pena.

Pese a la tristeza, a la impotencia y al sentimiento de que casi nada va a mejorar porque nos quieren hacer creer que es una utopía, no podemos perder ni dejar de dar la única cosa que siempre nos mantendrá vivos: la esperanza.

"...dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis." (Mt, 10, 6-8)

Puri (voluntaria C.P. Villena)

PASTORAL DE DIÁLOGO

La pastoral de diálogo es la palabra escuchada y compartida, en los diversos sentidos del término.

Tanto en el plano afectivo como en el social, el cultural y el religioso

Mientras llega el día de la libertad, el encarcelado ha de aprender a vivir en la cárcel "sin dejarse angustiar", sin derrumbarse. Gran parte de sus problemas nacen de la falta de comunicación personal, de la soledad interna, que llevan al aislamiento y a la dificultad para establecer relaciones sociales.

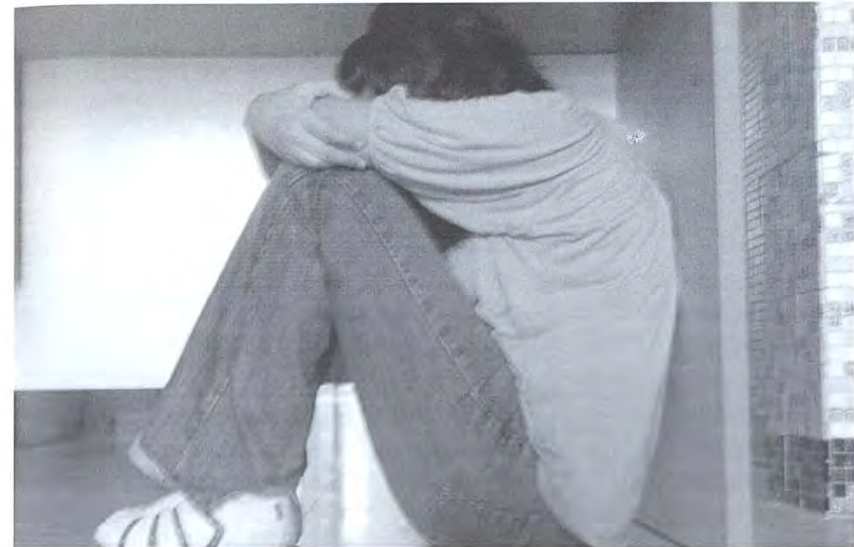
Es claro que ese aislamiento no les puede curar (hacer superar su posible crimen) sino al contrario, de manera que el "castigo" de la cárcel no sirve para humanizar a los presos sino para destruirlos.

Entendida así, como método y lugar de destrucción humana, la cárcel en cuanto tal es anticristiana: es contraria al proyecto humanizador de Dios, al camino redentor de Jesús.

Pastoral de la palabra. Por eso, en el centro del apostolado liberador durante el tiempo de la cárcel ha de estar el cultivo de una larga, continua, esperanzada liturgia de la palabra, si es que se nos permite utilizar éste término.

El agente de esa pastoral es alguien que escucha y responde, alguien que dialoga, ofreciendo a los encarcelados (y a aquellos que están en el entorno de la cárcel) un espacio de comunicación

‘El castigo de la cárcel no sirve para humanizar a los presos, sino para destruirlos’



humana creadora. Palabra sanadora. Mirada así, la cárcel tendría que convertirse en espacio y tiempo de curación por la palabra. La sociedad (si ella toma en serio la finalidad humanizadora de la cárcel) y la Iglesia han de procurar que las personas que "trabajan" en la cárcel sean capaces de dialogar, ofreciendo a los presos un espacio de comunicación libertadora y sanadora.

‘Los cristianos creemos que el ser humano puede cambiar y que hay un lugar para todos en el mundo’

La sociedad puede pensar que no existe curación para los presos, especialmente para aquellos que han sido condenados a cadena perpetua (o a pena de muerte). Se supone que ellos no pueden cambiar, que están condenados a vivir en su violencia; por eso se les retira de la vida social o se les mata.

En contra de eso, la Iglesia cree que es siempre posible la curación humana, en un camino que empieza en este mundo y que culmina en la vida eterna.

‘La Iglesia cree que es siempre posible la curación humana, en un camino que empieza en este mundo y culmina en la vida eterna’

En este sentido, no sólo la pena de muerte sino la cadena perpetua resulta contraria al ideal Evangélico de la comunicación humana, de la redención.

Los cristianos creemos que el ser humano puede cambiar, que hay un lugar para todos en el mundo. Por eso intentamos ofrecer palabra de diálogo esperanzando a los encarcelados.

Pastoral Penitenciaria y Pastoral de Conjunto de la Comisión Episcopal de Pastoral Social. Madrid 1998

ME LLAMO SONIA Y ESTOY PRESA

Me llamo Sonia. Nací en Arcos de la Frontera, el 8 de marzo de 1972. Soy la pequeña de una familia de doce hermanos. Mi padre se llamaba José y era transportista; mi madre se llamaba Amalia y era alcohólica

‘Mi padre acudía a los clubes de chicas de la carretera y cuando venía a casa todo eran gritos y peleas, un infierno’

Como la mayoría de la gente con la profesión de mi padre, acudía a los clubes de chicas en la carretera y, cuando venía a casa, todo eran gritos y peleas, incluso insultos con sus correspondientes reproches. A mí aquello me parecía un infierno.

A los ocho años empecé a esnifar cola (pegamento) hasta los trece, en que me pasé a los porros.

A los dieciséis ya llegué al máximo de la perdición, a la coca y a la heroína. Y, a esa misma edad, al tribunal de menores. Y me dijeron que tenía SIDA.

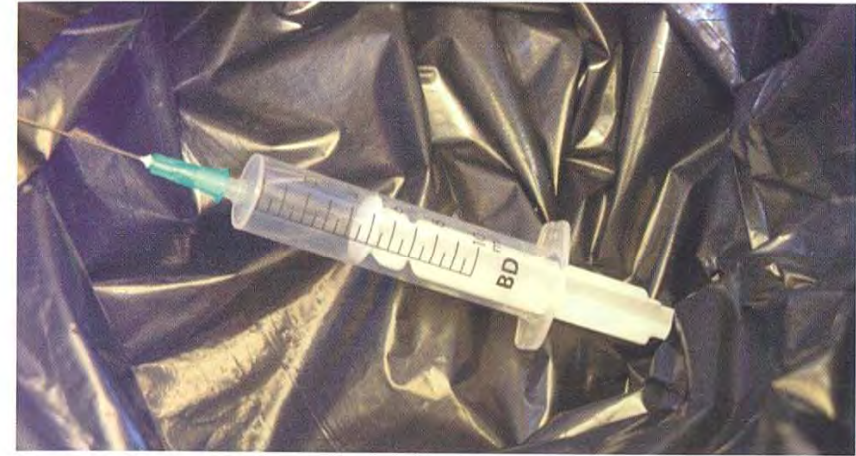
Mi vida ha sido como una más de las que viven los dependientes de la droga.

He hecho de todo para conseguir dinero: robar, prostituirme, mentir, abandonar, escapar...

Mi último delito lo cometí porque no tenía dónde ir y estaba asqueada de tanta droga.

No tenía fuerzas. Me fui a un supermercado con una jeringuilla y le dije a la cajera: "Dame el dinero". Ella me respondió: "Llamo a la policía". Le contesté: "Sí, sí llama". Por fin tenía dónde estar.

Estuve seis meses en la prisión de Valladolid. Allí nadie se preocupó de mí, lo único era que me podía quedar en la celda a



‘Mi último delito lo cometí porque no tenía dónde ir y estaba asqueada de tanta droga’

partir de las once de la mañana y por las tardes.

Cuando llegué a Fontcalent, la atención médica fue excelente.

Al principio, quitando a unas diez compañeras, era doloroso la forma en que me trataba el resto, pero gracias a Dios encontré un reducido grupo que me ha ayudado a mejorar mi salud y mi estado físico, incluso mi estado psíquico.

Me ayudan económicamente, ya que fumo compulsivamente, me compran comida, cosas de aseo personal, ropa.

Pero por lo que más agradecida estoy es porque no me hayan dejado sola ni un solo momento, pendientes de mí, dándome todo el cariño, el amor y la alegría que me pudieron dar.

Les estoy muy agradecida, ya que eso es lo único que les puedo dar, eso y rezar por ellas y sus familias.

Y también agradecer la forma tan humana y comprensiva de las señoritas.

Muchas gracias.

Sonia (Módulo mujeres Fontcalent)